

Valeria Coronel y Mercedes Prieto,
coordinadoras

Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana



Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana /
coordinado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto. Quito : FLACSO, Sede Ecuador :
Ministerio de Cultura, 2010

349 p. : ilus., fotografías, mapas, tablas. – (Colección Bicentenario)

ISBN : 978-9978-67-262-4

ECUADOR ; HISTORIA ; REVOLUCIÓN LIBERAL ; POLÍTICA ; ESTADO ;
NACIÓN ; ARTE ; CULTURA ; CIENCIA ; GÉNERO ; MUJERES ; INDÍGENAS ;
QUITO ; CLASES SOCIALES ; RELACIONES INTERÉTNICAS ;
POSCOLONIALISMO

986.6 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura

Av. Colón E5-34 y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 3814-550

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-262-4

Cuidado de la edición: Verónica Vacas

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: CrearImagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: noviembre 2010

Índice

Presentación	7
Introducción	
Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación: proyecto civilizatorio y fronteras coloniales en el Ecuador	9
<i>Valeria Coronel y Mercedes Prieto</i>	
Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925),	23
<i>Trinidad Pérez</i>	
Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar	77
<i>Ernesto Capelo</i>	
Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica	123
<i>Eduardo Kingman</i>	
El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial	155
<i>Valeria Coronel</i>	
Las paradojas del liberalismo y las mujeres: coyuntura 1907-1909	209
<i>Ana María Goetschel</i>	

El congreso católico de mujeres en 1909 y la regeneración de la nación	241
<i>Gioconda Herrera</i>	
Los indios y la nación: historias y memorias en disputa	265
<i>Mercedes Prieto</i>	
Epílogo	
Historias de vida de mujeres indígenas a través de la educación y el liderazgo. Intersecciones de raza, género y locación	317
<i>Sarah A. Radcliffe</i>	

Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica

Eduardo Kingman¹

En este artículo me propongo analizar la cultura y la vida popular en Quito en el contexto del primer centenario². Esto nos ayudará a entender la constitución de los sectores populares urbanos como sectores “modernos”, en el contexto poscolonial de los Andes. Aun cuando Quito, a finales del siglo XIX e inicios del XX, había sido caracterizado como una “ciudad señorial” o “tradicional” –dado el peso de la estructura terrateniente sobre el conjunto de la vida social– asistía a una serie de transformaciones en la economía, la organización social del espacio, los sistemas de identificación y los comportamientos cotidianos.

Si bien la sociedad quiteña estaba fuertemente condicionada por el imaginario de la separación y por un sistema estamental y jerárquico, la lógica a partir de la cual se organizaba la vida cotidiana era, muchas veces, la de la yuxtaposición de distintos órdenes sociales. El mundo ciudadano en Quito, como en otras ciudades andinas, se sintió identificado con lo urbano y con lo letrado; sin embargo, en la vida cotidiana los límites que

1 Doctor en Antropología de Rovira i Virgili, Cataluña. Profesor del programa de Antropología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Ecuador. Sus áreas de interés son la antropología e historia social urbana.

2 En este artículo retomo algunas de las entradas exploradas en estudios anteriores sobre el ornato y la cultura popular, y, en particular, los trabajos sobre la organización de los albañiles, los panaderos, los trabajadores ferroviarios y otros sectores populares. Algunos de estos estudios fueron realizados en colaboración con Erika Bedón, María Augusta Espín y, más recientemente, Patricia Bonilla, del programa de Antropología de FLACSO. Agradezco a Mercedes Prieto, Trinidad Pérez, Gioconda Herrera y Valeria Coronel por sus comentarios críticos al presente texto.

separaban lo popular de lo no popular, lo urbano de lo no urbano, lo escriturado de lo no escriturado eran, muchas veces, difusos.

En un país en el que los aparatos burocráticos del Estado estaban poco desarrollados, el gobierno de las poblaciones pasaba por una red de relaciones personalizadas, que al mismo tiempo que reproducían las jerarquías, promovían el cruce y la hibridación. Esto podría ser asumido como barroco, pero hay que entender este término no tanto como un *ethos* común a una época, sino como algo anclado en un campo de fuerzas y en una economía y una sociología política. El barroco se mostraba, sobre todo, en determinados espacios y circunstancias, de modo liminal, reproduciendo lo que Baktin (1998) llama el “espíritu de la plaza pública”, aunque sin eliminar, por eso, las relaciones de poder y las diferencias.

Antes que de una “modernidad barroca”, resultado de un “encuentro civilizatorio” (Echeverría, 1994) deberíamos hablar de un *barroco popular* paralelo o yuxtapuesto a las formas de *cultura seria* del Estado, la Iglesia y las élites. Lo que se llamaba barroco americano en el siglo XVII, e incluso en los siglos XVIII y XIX, y una de cuyas mayores expresiones fue la religiosidad, sobrevivió y se reprodujo, como cultura popular, fuera de las esferas oficiales, hasta avanzado el siglo XX (y en parte hasta ahora). Podríamos decir que la mayor virtud de ese barroco fue permitir la circulación de elementos culturales entre los estratos bajos, medios y altos (Baktin, 1998; Ginzburg, 2008), algo distinto al proyecto republicano o ciudadano de los siglos XIX y XX, cuya característica básica fue la exclusión, a la vez que la imposición de criterios y valores civilizatorios.

Pese a los esfuerzos civilizatorios desarrollados desde la segunda mitad del siglo XIX, orientados a generar separaciones culturales dentro de la población, el sentido popular siguió teniendo un peso significativo en la vida cotidiana hasta avanzado el siglo XX. Cuando hablamos de cultura popular nos referimos a un espacio de producción, circulación y consumo que atravesaba a distintas clases y grupos sociales, aunque no necesariamente haya sido vivida del mismo modo por todos. La reproducción de la cultura popular está directamente relacionada con un uso “descodificado” de los objetos culturales, una yuxtaposición en el uso de los espacios y una concepción del tiempo ajena a la lógica del progreso. A pesar de las fronteras étnicas, sociales y de género, no solo se daba lugar a la reproducción

del espíritu de la plaza pública, sino un desdibujamiento constante de los imaginarios y formas de representación, a partir de elementos tomados de dos y más mundos. Aún existían elementos de una cultura en común y, al mismo tiempo, distintas vivencias con relación a ella, de acuerdo a la posición que se ocupaba en el orden social. Por otro lado, se daba un proceso avanzado de extirpación cultural, que afectaba tanto a los sectores populares e indígenas como a sectores medios y de la élite. En la ciudad, este proceso tomaba la forma del *ornato* (Kingman, 2006).

La necesidad de marcar los espacios sociales y físicos a partir de criterios de *ornato*, distinción y decencia se hacía presente en todos los aspectos de la cultura ciudadana. Con la modernidad temprana se profundizaron los conflictos entre esa cultura y el mundo indígena y popular. Al mismo tiempo, como veremos en este artículo, la cultura popular tomó fuerza y significado en determinados ámbitos.

Los ámbitos de la vida popular

Para entender el funcionamiento de la cultura popular tendríamos que comenzar definiendo cuales eran sus ámbitos³. Lo que quiero plantear en este acápite es que en la medida en que se trataba de una sociedad en movimiento, esos ámbitos no eran fijos.

Hacia finales del siglo XIX y hasta avanzado el siglo XX era factible caracterizar a Quito como una *ciudad de antiguo régimen*, tanto por el peso que tenía en ella el sistema de hacienda, como por su estrecha relación con el campo. Para muchos se trataba de una ciudad colonial, incluso conventual, pero este tipo de caracterizaciones puede hacernos perder de vista los cambios que se estaban produciendo en las relaciones sociales y en los tratos cotidianos. Si se sigue la pista a esos cambios se podría decir que no solo se estaban abriendo las puertas a una modernización y una modernidad incipientes, sino que, en medio de ese proceso, se estaba poniendo en cuestión el propio orden aristocrático. Me refiero tanto a las

3 Por ámbitos entiendo tanto las actividades como los espacios donde se desarrollaba la vida popular, como los mercados, chicherías y cantinas.

reformas, a veces imperceptibles, que se produjeron en el agro durante las primeras décadas del siglo XX, y que de un modo u otro influyeron en la ciudad, como a la dinámica que fueron imprimiendo los nuevos sectores sociales en la vida de la urbe.

Si durante la primera mitad del siglo XX Quito era todavía una ciudad tradicional no se trataba de una sociedad estática⁴. Una descripción hacia 1938, hecha por inmigrantes judíos, da pistas para entender el funcionamiento de una ciudad que, sin ser industrial o moderna en el sentido de las europeas, mantenía una dinámica relacionada, en el caso de la descripción, con la vida popular. El texto es del año 1975:

El que hoy en día llega a Quito por primera vez, difícilmente podrá imaginarse el encanto del pequeño centro colonial, tan alejado del mundo con su casi histórica vida sin apuros y empujones. Las montañas que rodean la ciudad, a la vez muro protector y corona natural, formaban el horizonte, al fondo de los callejones y pasajes ascendentes. Al mediodía los almacenes y oficinas cerraban por dos horas. Aparte de unas pocas fábricas textiles, aún sin importancia, prácticamente no existía ninguna industria, pero sí un sinnúmero de artesanos, carpinteros, zapateros, sastres y costureras, cerrajeros y mecánicos muy hábiles y capaces de reparar las cosas más viejas y desgastadas (Wilbauer citado por Kretuer, 1997: 56).

Se trataba, si seguimos esta descripción, de una ciudad en la que proliferaban los oficios con un sentido emprendedor y relativamente autónomo. Otras descripciones hechas en esos mismos años muestran que Quito había incrementado su población y con ello sus actividades, pero estas no estaban relacionadas con la industria. De acuerdo con datos del Ministerio de Trabajo, consignados por el salubrista Dimas Burbano (1937: 514) en 1934—cuando Quito ya había entrado en una aparente modernidad— apenas el 7 x 1 000 de la población (1 222 personas) trabajaba como obrero industrial. Esto quiere decir que la clase trabajadora estaba formada por

4 Noción como la de *ciudad de antiguo régimen* o la de ciudad señorial puede conducirnos a pensar en una sociedad estática y de una total dependencia con respecto a las élites. Las indagaciones de archivo y los testimonios nos muestran que no fue así. En el caso de las ciudades de los Andes está pendiente un debate entre una visión monumental de su historia y una historia crítica que asume la ciudad como un campo de fuerzas.

artesanos, servidumbre, vendedores ambulantes y puestos fijos en los mercados, peonaje urbano, antes que por obreros. Hacia 1937, los trabajadores industriales se habían duplicado, pero, aun así, su peso en el conjunto de la población ocupada seguía siendo poco significativo. Dimas Burbano utiliza, en este caso, un parámetro mucho más estricto que el acostumbrado para hablar de industria, ya que se refiere únicamente a las fábricas, dejando de lado los talleres y las manufacturas.

En una ciudad de este tipo no se puede hablar de un espacio social uniforme, relacionado ni con la noción de “ciudad señorial” ni con la de “ciudad moderna”. Si bien existía una tendencia a separar y a jerarquizar los espacios, de acuerdo a los criterios del *ornato*, el centro era todavía un lugar de usos múltiples y de disputas. Las fotografías de las primeras décadas del siglo XX, al mismo tiempo que muestran espacios diferenciados, marcados por el *ornato*, evidencian una fuerte presencia indígena y chola en muchas calles y en plazas centrales, como Santo Domingo y San Francisco. Estamos hablando de un momento relativamente largo de permanencias y mutaciones culturales (con sus idas y venidas, retrocesos y avances, repeticiones y cambios), en el que la ciudad, al mismo tiempo que intentaba blanquearse, se mestizaba siguiendo los patrones del mundo andino. Las chicherías, por ejemplo, estaban presentes como ámbitos de socialización indígena, dirigidos por mujeres, en zonas cercanas a lo que para ese entonces se consideraba el centro simbólico de la ciudad blanca. Aunque desde la segunda mitad del siglo XIX se habían dado disposiciones orientadas a su reubicación hacia la periferia⁵, eso no se cumplía necesariamente. Otros espacios de socialización en los que se desarrollaba un rico mundo popular eran las lavanderías y lavaderos de ropa, las hospederías, los puestos de venta de objetos “para indios y cholos”, los centros de diversión popular como las galleras, las rifas, juegos de naipes y de pelota, y ventas populares. Tanto en el centro de la ciudad como en las afueras, algunas familias habían adecuando galleras en sus casas. Estos lugares de reunión popular muchas veces daban lugar al desorden y necesitaban

5 Una ordenanza de 1867 diferenciaba el monto del impuesto a las chicherías que se debía pagar en la ciudad (80 centavos) de los que se pagaban en las parroquias (40 centavos). Además, estaba prohibido vender chichas a tres cuadras de la Plaza Grande y el impuesto se aumentaba en un centavo por cada cuadra de cercanía a esa plaza (AHM/Q, *Ordenanzas de 1867*).

ser reglamentados. En el caso concreto de las galleras, estas estaban regidas por la Policía y su ramo de galleras⁶. Además de las chicherías, las fondas y figones, que eran espacios administrados principalmente por mujeres, había sitios que hacían de fronteras entre lo urbano y lo rural, como los mercados, las estaciones de ferrocarril, los puntos de entrada a la ciudad, a los que llegaban los arrieros y, más tarde, el transporte motorizado de las provincias y las parroquias rurales.

En términos de su configuración social, se podría decir que Quito se estaba modernizando, dando lugar a la formación de nuevos sectores sociales. Sin embargo, se trataba de una modernización periférica que creaba una condición poscolonial basada en la imbricación de antiguas formas de relación patrimoniales con modernas. Por un lado, había una servidumbre urbana proveniente, sobre todo, de las haciendas, a la que se sumaba un trabajo, en buena parte forzado, de las comunidades indígenas cercanas, que se ocupaba de las obras públicas, la limpieza de la ciudad, el cuidado de las acequias (en realidad se trataba de una prolongación de la mita urbana colonial en la República); y, por otro lado, había actividades sociales independientes y semi-independientes, de origen rural, relacionadas con el intercambio y el peonaje urbano.

En la ciudad existían muchas ocupaciones de estatus ambiguo que estaban relacionadas con la servidumbre, pero conservaban un cierto nivel de autonomía. Me refiero a ocupaciones relacionadas con el servicio a las “casas”, como las de lavanderas, aplanchadoras, costureras, o a instituciones públicas, como las “sirvientas de hospital” y los “sirvientes del Municipio”. Se trataba de trabajos por los que se recibía un pago en dinero, pero que en términos sociales ubicaban a quienes los hacían del otro lado de la frontera étnica.

Los grados de autonomía de estos sectores provenían tanto de las ocupaciones como de la posibilidad de vivir o trabajar en espacios separados. Las lavanderas de El Censo y de la quebrada del Batán trabajaban para las casas de familia, pero tenían la posibilidad de mantener cierta independencia con respecto a ellas, debido a que su labor se realizaba en espacios distintos al doméstico. Lo mismo sucedía con las costureras, que comen-

6 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 1, 1907.

zaron a elaborar ropa barata para las capas populares. De acuerdo con el censo de 1906⁷, el número de costureras (2 310) era bastante alto y denota la incorporación de la mujer del pueblo en los espacios abiertos por la incipiente modernización. Aunque los sectores populares buscaban vivir en “barrios separados”, los grados de autonomía que habían alcanzado son difíciles de juzgar, ya que se trataba de una sociedad corporativa basada en redes, lealtades y clientelas, y en sistemas de trabajo y aprendizaje basados en relaciones personales. Esto no pasaba solo con la servidumbre o con el peonaje urbano. Un aprendiz de sastre se sujetaba a la autoridad del maestro que lo acogía en su taller y algo parecido sucedía con el resto de oficios

Los artesanos estaban agremiados, y aunque ya se había dado una diferenciación de los oficios, como acertadamente señala Luna (1989), no se habían roto todos los lazos de dependencia recíproca que unían a maestros, oficiales y aprendices. Me refiero a una dependencia práctica, propia de la organización manual del trabajo, pero también a elementos de una cultura en común, sentidos, gustos comunes. Aunque desde las primeras décadas del siglo XX los trabajadores buscaron formas de organización autónomas, como los sindicatos, diferenciados de la organización gremial, se daban una serie de lazos corporativos que iban más allá de las diferenciaciones sociales y de intereses en el interior de los gremios.

La vida de los gremios en el siglo XIX e inicios del XX estuvo estrechamente relacionada con la organización de la Policía. Por decreto ejecutivo del 1 de septiembre de 1884⁸, la Intendencia de Policía debía llevar un registro de todos los individuos varones de 18 a 60 años de edad, nacionales y extranjeros que aprendían o ejercían un arte o profesión. La acepción de gremio y agremiación era bastante amplia, ya que estaba relacionada con el desarrollo del sentido corporativo en todas las esferas de la vida social. Se entiende que la “sociedad” y el Estado se relacionaban con esas corporaciones, debidamente organizadas; estas servían, a su vez, de mediadoras en las relaciones entre los individuos. En principio, los miembros de los diferentes gremios artesanales tenían la obligación de reunirse

7 AHM/Q, “Censo de la población de Quito del 1 de mayo de 1906”, en *Informe del Director General de Estadística*, 1906.

8 AHM/Q, *Informe del Ministerio de lo Interior*, 1884.

anualmente en la intendencia de cada cantón, para nombrar a sus maestros mayores. Entre los gremios convocados por la Intendencia de Guayaquil en el año de 1884⁹ estaban los de los panaderos, zapateros, talabarteros, sastres, encuadernadores, albañiles, aserradores, calafates, tintoreros, caldereros, fundidores, herreros, maquinistas, cigarreros, hojalateros, colchoneros, fotógrafos, grabadores, marmolistas, pintores, gasfiteros, toneleros, bauleros, peluqueros, plateros, sombrereros, relojeros y tipógrafos. Como se puede ver, se trataba de una serie de oficios, algunos de los cuales estaban directamente relacionados con la modernización de la sociedad.

La Policía, a la vez que promovía la organización gremial, garantizaba su funcionamiento interno. Se sabe que los maestros de los gremios debían registrar a sus agremiados en la Policía. Esta, además, intermediaba en sus conflictos internos y avalizaba el nombramiento de sus directivos. Así, por ejemplo, se normaba el trabajo de los aprendices de modo que ningún oficial o aprendiz menor de edad pudiera pasar de un taller a otro sin permiso de sus padres o guardadores. Muchos menores eran reclutados para trabajar en casas, bodegas o almacenes, como sirvientes, o en talleres, curtiembres o panaderías, como aprendices. De acuerdo con denuncias presentadas en las comisarías, la mayoría de menores venían del campo y de ciudades de provincia y eran traídos con engaños y ofrecimientos. En otros casos eran entregados directamente por sus padres a los maestros de taller. Los menores se alojaban en los talleres pero no recibían nada a cambio, fuera de la alimentación. La utilización de un número grande de aprendices era una de las bases de la organización del trabajo y de la ganancia en los talleres artesanales y manufactureros. Al revisar los documentos de la Intendencia de Policía se puede observar, sin embargo, que los menores tendían a escapar de ese régimen, fluctuando, al igual que el resto de la población popular, de una a otra ocupación.

Las disposiciones policiales estaban dirigidas, además, a garantizar el cumplimiento de las obligaciones de los artesanos, debido al carácter relativamente autónomo de su actividad, que les hacía disponer de su tiem-

9 APL/Q, *Informe del Intendente de Policía al Ministro del Interior*, 1884.

po de modo autárquico. Una de las contravenciones más frecuentes, juzgada por los comisarios de Policía, era el incumplimiento de obra, sobre todo en épocas de festividades. No es que no existieran disposiciones de contratación, sino que estas no se cumplían. Es por eso que, dentro de los propios gremios, se establecían criterios morales, dirigidos a defender su prestigio, a la vez que su disciplina interna, basados en la honradez y el espíritu del trabajo del artesano; esto permitía diferenciar a los buenos artesanos de los malos. La Policía, al igual que la Iglesia, avalaba la acción moralizadora de los gremios. Sin embargo, tal como ha mostrado Luna (1989), a inicios del siglo XX se comenzó a vivir el descalabro de las formas de organización gremiales, las mismas que serían sustituidas tanto por las sindicales como por las organizaciones informales. Se trataba de un largo proceso de disolución de los talleres artesanales tradicionales como resultado del desarrollo de las manufacturas y de las fábricas, así como de la entrada de productos importados, de menor precio y mayor variedad, en el mercado.

En realidad, desde finales del siglo XIX, buena parte de la actividad artesanal escapaba del control de los gremios, no solo por los procesos de diferenciación internos, sino porque la mayoría de los nuevos artesanos no estaba agremiada (muchos venían de otras poblaciones y se instalaban al margen de los gremios) o formaba parte de esa infinidad de personas sin oficio fijo que se veía en la necesidad de “saber de todo” y “hacer de todo”, fluctuando de una a otra ocupación, y a quienes muchas veces resultaba ventajoso contratar.

Los trajines callejeros

Un mundo más fluctuante era el de los trajines callejeros; aparte de las vendedoras y vendedores con puestos fijos en los mercados y tiendas, había un grupo numeroso de regatonas que se movía por toda la ciudad con su mercancía. Se trataba de un comercio ambulante de productos agrícolas, leña, ropa y alimentos preparados. Buena parte de ese comercio provenía de los pueblos y comunidades de indios cercanos a la urbe, pero también de indígenas y mestizos urbanos, entre los cuales, como ya se

dijo, las mujeres ocupaban un lugar destacado¹⁰. A más de esto, estaban los hornos de pan, los lugares donde se preparaban y vendían las chichas, las picanterías, las traperías y cachinerías. El Aguarico era conocido por sus chicherías, mientras que la calle Chile era el lugar de las traperías y cachinerías.

Todo hace pensar que el comercio popular imprimía una dinámica paralela a la ciudad y que esa dinámica no necesariamente se oponía a la del comercio formal. La parte del comercio fijo que funcionaba en pulperías, abarrotes, barracas y cajones estaba, a su vez, estrechamente vinculada con el ambulatorio. Pero no solo se trataba del comercio popular, ya que también las casas de comercio estaban relacionadas con el comercio al detalle. Como veremos más adelante, en las primeras décadas del siglo XX se desarrollaron distintas medidas de control de ese comercio.

A esta economía de la calle habría que sumar los arrieros, cargadores y carreteros que facilitaban el intercambio de productos entre la ciudad y el campo, y dentro de la misma ciudad. Ni siquiera con el ferrocarril, el tranvía y, más tarde, con la introducción del transporte motorizado estos desaparecieron del todo.

Sería equivocado decir que no se reproducían las fronteras entre la población indígena y la blanco-mestiza (aspecto en el que, acertadamente, Guerrero [1991] pone énfasis). Pero, a diferencia del campo, la ciudad se caracterizaba por un flujo constante de gente, productos, personas e información, lo que imprimía un ritmo distinto a las relaciones cotidianas. El comercio, en particular, introducía una dinámica de tratos y relaciones diferente a la que se daba en las zonas rurales. La ciudad estaba llena de pequeños negocios instalados en los bajos de las casas. Hacía el año 1912 se registraron 1 394 casas y 2 400 tiendas, en 358 cuadras de sur a norte, y 1 140 casas y 1 729 tiendas, en 310 cuadras de oriente a occidente¹¹. Es cierto que de las 4 830 tiendas que tenía la ciudad, un buen por-

10 Todavía en 1960 Telmo Paz y Miño podía hablar de que “los barrios suburbanos (El Inca, Chaupicruz, Guápulo, La Magdalena) y los pueblos satélites (Cumbayá, Tumbaco, Cotocollao) proporcionan a la ciudad una gran parte de los productos de consumo diario, como legumbres, hortalizas, grasas y cereales” (1961: 30).

11 AB/AEP, Fondo General, “Cuadro demostrativo de calles, casas y tiendas de Quito”, elaborado por el Comisario Municipal Manuel Endara, *El Comercio*, septiembre 12 de 1912.

centaje servía de cuartos de inquilinato, pero otro tanto estaba destinado al comercio o a talleres o, simplemente, a uno y otro uso. Se decía que “tras de la tienda siempre había una trastienda y tras de cada patio un traspatio” (Nicolás Kingman Riofrío, entrevista, 2007. Esto estaba relacionado con la yuxtaposición de usos y actividades en un mismo espacio.

Muchas mujeres decentes se amparaban en su condición de extrema pobreza, debido a situaciones de abandono o de viudez, para solicitar al Concejo permiso para instalar negocios de venta de leche o de carnes en los zaguanes. En 1910, Carmen B., viuda de Martínez, se dirige al presidente del Concejo para pedirle que “le conceda la gracia de vender un barril de leche diario en el zaguán de la casa de Don Guillermo López, ubicada en la carrera Maldonado”, ya que esta venta le producía el sustento diario “para sostenerme en unión de una hija que me acompaña en su orfandad”¹². De igual forma, en una solicitud al Consejo Municipal, en 1907, se hace referencia a una queja presentada por varios vecinos de la carrera Chile, contra la señora Vicenta Hidalgo, viuda de Jara, debido a que su casa “continuaba siendo un lugar de desposte de cerdos”¹³.

Un rubro importante del comercio, que generaba una fuerte movilidad dentro del mundo popular, era la carne. El faenamamiento de animales en mataderos públicos buscaba garantizar su calidad, pero también el cobro de tasas por parte del Municipio. Las carnicerías funcionaban tanto en la zona urbana como en las parroquias. Uno de los pedidos que hacía el intendente de Policía al ministro del Interior, en el año de 1917¹⁴, era la presencia de celadores en el matadero, con el fin de evitar los escándalos y los abusos de los introductores de ganado. De acuerdo al mismo documento, sin la presencia de ellos sería imposible conservar la disciplina en los mataderos. En un informe presentado al presidente del I. Consejo Municipal en 1903 se hace referencia a la Casa de rastro y las necesidades que esta exige, entre ellas la provisión de

(...) doce parihuelas para transporte de la carne de la galería a los ganchos y de estos a las carretas; pues choca y desdice de todo aseo que el acarreo

12 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 2, 1910.

13 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 1, 1907.

14 APL/Q, *Informe del Intendente de Policía al Ministro del Interior*, 1917.

de las carnes se verifique a espalda de indias sucias y mugrientas, verdaderos tipos de desaseo, cuyas cabezas y espaldas tienen que mefetizar la carne, como si para entregarla al consumo público se la hiciese pasar primero por una cloaca o muladar (AHM/Q, “Breve Reseña del Presidente del Consejo de Quito”, 1903: s.p).

De acuerdo a un documento de 1884, el impuesto “de Rastro” se cobraba tanto en Quito como en las parroquias de Santa Prisca, Guápulo, Magdalena y Chimbacalle¹⁵. Estas parroquias tenían una fuerte composición indígena. De acuerdo con disposiciones que no siempre se cumplían, nadie podía despostar ganado sin conocimiento del teniente político, ni se podía vender la carne fuera de la población, a no ser que se la trasladase en carretas. Lo más frecuente era llevar el ganado en pie hasta los mataderos de la ciudad. Los llamados introductores de carne eran, generalmente, mestizos que recorrían los campos comprando y revendiendo en Quito, pero es muy probable que algunos indígenas hubieran participado como negociantes¹⁶. De hecho, una parte importante del ganado era introducido directamente por los hacendados.

Artisanos, jornaleros y trabajadores ocasionales

La ciudad era, además, como ya vimos, refugio de la gente jornalera, a medio camino entre el campo y el trabajo asalariado urbano. Los indígenas acudían a la ciudad por temporadas a trabajar como peones en las construcciones y obras públicas, o como cargadores; en “oficios de indios”, como se decía de manera naturalizada. Algunos de ellos habían sido incorporados a la ciudad o estaban en proceso de serlo, pero sus costumbres y formas de vida aún tenían mucho de campesinas. Al revisar el cuadro de contraventores de la ciudad de Quito en 1899¹⁷ uno se topa con

15 AHM/Q, *Oficios y solicitudes*, Vol. 00225, folio 83 y ss.

16 El control del rastro estaba también relacionado con el abigeato. Era práctica común entre los abigeos, más frecuentemente llamados cuatreros, vender el ganado en lugares lejanos, para que fuese despostado sin dejar huellas.

17 APL/Q, *Informe del Ministro de lo Interior y Policía*, 1899.

un grupo numeroso de jornaleros (1 285) al que habría que sumar muchos de los que constan en el cuadro como agricultores (148). En ese mismo cuadro, se puede ver que no constan obreros manufactureros y menos aun fabriles, aunque sí artesanos.

Es verdad que las fronteras étnicas se reproducían en la ciudad, pero sus condiciones no eran las mismas que las de la hacienda. Con esto no me aventuro a decir que hayan sido mejores o peores, solo que eran distintas. La ciudad permitía, aun en el contexto de un sistema de relaciones y valores estamentales y jerárquicos, una cierta movilidad social y cultural. Aunque lo dominante era la oposición binaria que separaba lo blanco de lo indio, lo negro y lo cholo, en la vida social existían muchos procesos dinámicos. Dentro del mundo popular había lugar para una gran variedad de ocupaciones y oficios que se generaban como parte de una división del trabajo que se desarrollaba más en extensión que en profundidad (Kingman, 2006). Ejemplo de esto último fue el desarrollo de las confecciones populares, el calzado popular y la juguetería de madera y hojalata, entre los años treinta y cincuenta del siglo XX. Estas ocupaciones respondían a una creciente demanda, orientada hacia nuevos consumos populares; quienes las realizaban no eran necesariamente las industrias, sino costureras, carpinteros, zapateros y otros artesanos individuales o como parte de empresas informales domésticas. Dentro de los sectores subalternos existían diferencias de acuerdo con sus actividades, así como por su ubicación en el campo social y su condición de género: las situaciones de un indígena, un mestizo o un blanco venido a menos, o de un hombre y una mujer no eran iguales, aunque tuvieran igual fortuna. Los sectores populares se diferenciaban tanto por sus oficios como por su adscripción étnica o racial (el oficio de maestro albañil, por ejemplo, era propio de indios, mientras que los panaderos o los peluqueros eran, por lo general, mestizos; igualmente, la servidumbre estaba formada, sobre todo, por mujeres). Otro elemento que diferenciaba a los sectores populares era su grado de autonomía con respecto a las élites. La situación de un jornalero independiente no era igual a la de un sirviente, por más que tuvieran una serie de rasgos en común.

La disponibilidad de fuerza de trabajo fue uno de los requerimientos para la modernización de la ciudad, pero existía una contradicción entre

esos requerimientos modernos y las formas poco modernas de utilizar la mano de obra. El problema no era solo el concertaje, que sujetaba a la población indígena a las haciendas, sino la creciente oposición de esa población a someterse a realizar trabajos fuera de su voluntad. Existía una dinámica de trajines e intercambios en la que esa población de los alrededores de Quito estaba inserta desde la Colonia (Minchom, 2007) y que se veía alterada por las crecientes demandas urbanas que generaba la modernidad.

No solo la ciudad, sino los particulares se veían afectados por la falta de mano de obra. En Guayaquil, ese servicio había sido modernizado gracias a las agencias de colocaciones que funcionaban en coordinación con la Policía, mientras que en Quito esto seguía dependiendo de redes, clientelas y relaciones personalizadas, algo que en la primera mitad del siglo XX había entrado en crisis debido al crecimiento de la urbe y al incremento de las personas desconocidas y poco conocidas en busca de trabajo. Se suponía que el arrendamiento de servicios de nodrizas, cocineras, lavanderas, muchachas de mano, pajes y cocheros debía de ser normado por la Intendencia, lo cual, generalmente, no funcionaba.

En principio, no solo los gremios, sino también los domésticos, debían inscribirse en la Policía. Se trataba de que estos servicios fuesen registrados en un libro especial que constaba en la oficina de investigaciones y de pesquisas. Uno de los objetivos de esa disposición consistía en precautelar a los ciudadanos de los “falsos sirvientes”. El crecimiento de la ciudad como resultado de las migraciones daba lugar al apareamiento de sectores sociales e individuos de difícil clasificación, que no entraban en los parámetros de la antigua sociedad patrimonial. Eran los llamados “vagos” y “sospechosos”. Al contrario de lo que generalmente se piensa, el proceso de arribo a la ciudad de individuos “inclasificables” comenzó en el último tercio del siglo XIX. Entre los contraventores calificados por las comisarías de Quito en el año de 1899 constan 128 vagos y 114 sospechosos. Igualmente, se registran 119 menores extraviados¹⁸. Solo en ese año, 71 menores –51 a talleres y 20 a casas particulares (de estos 29 eran

18 AB/AEP, Fondo General, “Nómina de los contraventores calificados por las comisarías en el año de 1899”, en *Informe del Ministro del Interior y Policía al Congreso Ordinario de 1900*. Quito: Imprenta Nacional.

mujeres)¹⁹ – fueron entregados por los comisarios. La dinámica que llevaba a la persecución de vagos, sospechosos y menores descarriados no era tanto la disciplina, necesaria para la industria, sino la desconfianza social. La vida popular se mueve en estos espacios contradictorios, de sujeción y autonomía, es en este medio donde se desarrolla su cultura.

Los espacios de trabajo y habitación

Buena parte de la gente del pueblo y de los sectores medios (maestros y maestras de escuela, empleados de comercio y de la administración pública, estafetas de correos) habitaba –según sus posibilidades– en uno, dos o tres cuartos en las casas del actual Centro Histórico. Existía una suerte de estratificación en el interior de las mismas, de acuerdo al mayor o menor número de piezas que ocupaba una familia, el grado de iluminación, su ubicación dentro del espacio interior, pero sobre todo por el nivel de decencia de los ocupantes²⁰. Aun cuando muchas de las familias acomodadas comenzaron a mudarse del centro, convirtiendo sus antiguas moradas en casas de inquilinato, las que no lo hicieron, o no pudieron hacerlo, evitaron llenar sus casas de desconocidos, y optaron por arrendar piezas (en lo posible) a “gente decente”.

En esas mismas casas se habían instalado tiendas de comercio, talleres y pequeñas industrias domésticas como las panaderías. Como señalan algunos informes de la Dirección de Higiene Municipal²¹, se trataba de locales improvisados, poco apropiados para tareas artesanales o para la elaboración de comestibles como el pan. Debido a la estrechez de los locales, buena parte de los artesanos se veía obligada a utilizar la calle o a invadir los patios interiores y corredores para convertirlos en lugares de trabajo; pero esos espacios eran, al mismo tiempo, los del vecindario, donde jugaban los niños, charlaban los mayores y se tendía la ropa.

19 AB/AEP, Fondo General, “Cuadros de los menores entregados a los comisarios durante el año de 1899”, en *Informe del Ministro del Interior y Policía al Congreso Ordinario de 1900*. Quito: Imprenta Nacional.

20 Sobre la noción de decencia y su relación con el espacio, ver Marisol de la Cadena (2004).

21 AB/AEP, Fondo General, “Informe General de Higiene Urbana”, en *Boletín Sanitario*. Quito: Imprenta Nacional, 1925.

Aunque había diferencias en los niveles de ingreso y de prestigio entre los habitantes de esas casas, se veían obligados a compartir muchos aspectos de su cotidianidad. No me refiero a relaciones idílicas, sino a formas de organización del espacio social propias de las casas de vecinos, en una época determinada.

Es posible que el sentido de la privacidad y de separación con respecto al otro haya sido mucho menor que en el presente, pero eso daba lugar a un control más directo sobre la vida personal. Muchas de esas casas eran verdaderos laberintos. Los médicos higienistas y los publicistas de la primera mitad del siglo XX se empeñaban en pintarlas como lugares oscuros y sucios. No contamos, sin embargo, con la memoria de la gente que pobló esos espacios.

Las fondas, figones, cantinas, chicherías, cafés, sitios de refrescos y otros establecimientos de fabricación o expendio de alimentos destinados al consumo inmediato constituyen la parte más difícil con que tropieza la Oficina de Sanidad. La mayor parte de estos establecimientos, en especial los figones, son cuartuchos oscuros, casi sin ventilación, húmedos, con pisos en deplorables condiciones (AB/AEP, *Informe General de Higiene Urbana*, 1925).

Muchos talleres, panaderías y tiendas de abarrotes eran, como ya señalé, lugares de habitación. Un cuadro del Instituto de Previsión Social, del año 1937, muestra que el 60% de las familias se alojaba en una sola pieza, del cual el 21% no tenía revestimiento y un 30% carecía de ventilación, acceso libre al agua y servicios higiénicos²².

22 AB/AEP, Fondo General, "Estudio numérico y económico de la población de Quito efectuado por el Departamento Médico del Instituto Nacional de Previsión Social, en colaboración con la Oficina de Higiene Municipal", en *Instituto Nacional de Previsión. Boletín del Departamento Médico Social*. Quito, marzo de 1937: 10.

Tabla 1. Distribución de familias según número de habitaciones (%)

Habitaciones	Familias
1	60,1
2	13,6
3	7,1
4	4,7
5	3,4
6	3,1
8	3,6
10	4,4

Fuente: Instituto Nacional de Previsión Social. *Boletín del Departamento Médico Social*. Quito, marzo de 1937.

Los higienistas veían una de las causas del debilitamiento de la *raza* en el estado de los alojamientos. “El estado de suma pobreza en que se encuentran las masas del pueblo, cuyas familias se hallan hacinadas en habitaciones húmedas, oscuras y estrechas, familias que viven, en muchas ocasiones en una sola pieza, que al mismo tiempo sirve de cocina y dormitorio”²³.

Un porcentaje alto de piezas no tenía ventanas, posiblemente porque eran resultado de la subdivisión de habitaciones más grandes de las antiguas casas señoriales. La mayoría de lugares de venta y fabricación de productos, zaguanes y tiendas, era oscura, sin ventilación y con los pisos de tierra. En cuanto a la servidumbre de las casas, buena parte de ella carecía de un lugar propio, y en muchas ocasiones, inclusive, no contaba con un espacio definido dentro de la casa de sus patrones. Pero esto pasaba también con los oficios (por ejemplo, en algunas panaderías, los aprendices descansaban en una tarima junto al horno o en pequeñas habitaciones que servían, a su vez, de bodegas). Se trata de descripciones en las que domina la idea de hacinamiento. En sus *Nociones elementales de higiene*,

23 AHM/Q, “Labores de la Oficina”, en *Gaceta Municipal*, Quito, julio y agosto: 310.

José Ochoa (1920) analiza la situación de la población que llega ocasionalmente a las ciudades y se aloja en fondas y hospederías:

La falta de higiene de esta clase de lugares produce enfermedades peligrosas (...). En los dormitorios de las fondas, sábanas, ropas de cama y bacinillas sin ser lavadas ni desinfectadas, sirven por tiempo indefinido para los huéspedes que allí tocan, entre ellos: tuberculosos, sífilíticos, leprosos, etc., que acaso van en pos de hospicios, lazaretos o leproserías: hospedan una o dos noches; a los ojos y al olfato nada se percibe, y teniendo esos lienzos y más objetos de uso por limpios e impolutos, ausente el un huésped, sirven para el que llegue después (Ochoa, 1920: 108-109).

La imagen que reflejan estos textos destinados a proporcionar nociones de higiene es la de lugares sórdidos y contaminados, antesalas de la muerte. Tanto este tipo de descripción como las estrictamente sociológicas apuntan a los aspectos negativos: no nos dicen nada, por ejemplo, sobre la vida social que se desarrolló en esos espacios.

Parte de la población de la ciudad vivía, en realidad, en los pueblos y comunidades cercanas. Llegaba a Quito en las primeras horas de la mañana y partía de nuevo al atardecer. Cuando se quedaba en Quito pernoctaba donde sus parientes o en los zaguanes de algunas casas, en barrios populares como San Roque (Nicolás Pichucho, entrevista, 2004).

A partir de la segunda década del siglo XX se fueron formando asentamientos populares “de nuevo tipo”, denominados “barrios obreros”, como Chimbacalle, el Aguarico y la Colmena. Estos, en realidad, agrupaban tanto a obreros fabriles como a empleados de comercio, artesanos, trabajadores independientes, negociantes y “negociantas” y maestros albañiles. Muchos barrios, como San Juan o el Aguarico, se fueron construyendo a lo largo del tiempo con base en el esfuerzo de la gente y mingas. Entre los habitantes de los barrios populares se desarrollaba un fuerte sentido de localidad o de pertenencia. La mayoría estaba adscrita a un santo patrono y celebraba sus fiestas. En el año de 1928, el Concejo Municipal reglamentó la formación de barrios nuevos, pero un control más o menos efectivo de esas urbanizaciones no fue posible, sino muchos años más tarde y por un tiempo relativamente corto (hasta la década de 1960, cuan-

do comenzó un nuevo ciclo de expansión de la ciudad). En una declaración municipal de 1939 se decía que el problema de los barrios nuevos venía de tiempo atrás.

El error es el de haber permitido la formación de barrios nuevos, sin sujeción a un plan científico de urbanización y la ninguna exigencia para con los empresarios que se contentaron con dividir terreno por medio de calles aún más estrechas que las de Quito Colonial, dejando al Concejo las obras de urbanización correspondientes, lo que tuvo por fuerza, con el paso de los años, que pesar gravemente sobre los intereses de la ciudad (AHM/Q, *Gaceta Municipal*, febrero de 1939).

Los barrios populares que se fueron formando en Quito carecían de servicios básicos, como canalización y agua potable, así como de escuelas o espacios destinados a plazas. Los ubicados en las partes altas, como la América, el Dorado y el Panecillo, se convertían –de acuerdo a la percepción de los años cuarenta– en focos de infección, desde donde corrían los deshechos y las aguas servidas que invadían las partes bajas de la ciudad. En realidad, pestes como la tifoidea no hubieran podido ser enfrentadas sin la organización de la gente de los propios barrios²⁴. Hacia los años treinta, los objetivos salubristas ya habían sido incorporados a la vida popular. Esto permitió ampliar la acción del Estado, en momentos en que los recursos eran escasos. La mayoría de los barrios nuevos era el resultado de lotizaciones hechas por los dueños de haciendas y fincas, con el mínimo de inversión, obedeciendo a un sentido más rentístico que empresarial. Un registro de 1961 decía que “los sectores populares se ubican en los llamados barrios de las colinas, en calles estrechas, mal trazadas, sin pavimento. Las casas de uno o dos pisos de apariencia modesta o pobre” (Paz y Miño, 1961: 27).

Lo más importante en términos de cultura popular era, en todo caso, que se formaran estos barrios. A partir de ese momento, la ciudad fue concebida como un espacio dividido entre el sur y el norte y con culturas separadas. Este fuerte sentido de separación marca el imaginario de la ciudad hasta el presente.

24 AB/AEP, *Últimas Noticias*, junio 24 de 1940: 8.

La cultura popular en la modernidad temprana

¿Cómo se estructuraba la cultura popular en la modernidad temprana? Por un lado, había una cierta diferenciación entre una *cultura popular letrada* y la del resto del pueblo. A eso habían contribuido la escolarización de los hijos de los artesanos y los obreros fabriles, así como las escuelas de artes y oficios, incluidas las de mujeres (Goetschel, 2007). Se trataba de una diferenciación entre trabajadores urbanos y rurales, calificados y no calificados, que se había generado en el largo plazo, pero se había profundizado con la escolarización y la incorporación de una parte de los sectores populares como ciudadanos. Por otro lado, y a pesar de las fronteras étnicas y sociales, continuaron existiendo muchos espacios compartidos dentro de la vida popular (me refiero a los sectores subalternos, ya fueran indios, negros, mestizos, blancos pobres, mujeres u hombres), relacionados tanto con el trabajo y los trajines en calles, ferias y plazas, como con las fiestas religiosas y mundanas. Estamos hablando de una sociabilidad común y espacios donde esta se expresaba, prácticas de intercambio, consumos culturales comunes, costumbres similares y una religiosidad popular paralela a la religiosidad seria. Incluso las élites sociales y culturales no eran ajenas a compartir ciertos códigos culturales que, en términos generales, podríamos llamar barrocos, aunque, lógicamente, al mismo tiempo, estaban apuntando hacia un proceso de distinción y separación social.

Me da la impresión de que en medio de los cambios provocados por la primera modernidad, la vida popular se agrupaba, en buena medida, aunque no exclusivamente, dentro de lo que podríamos denominar cultura callejera, o inclusive *muchedumbre*. Esta noción nos remite a la idea de mezcla, o de tendencia a la mezcla, al mismo tiempo que a la de flujo. Aun cuando buena parte de la población seguía siendo parte de una “casa” o de una empresa (tenía la calidad de “propia”, un término hiriente que utilizaban las élites para referirse a sus subordinados) (Nicolás Kingman Riofrío, entrevista, 2007), existían muchos sectores en “condición fluctuante”. Bajo esta situación, se daba la posibilidad de que un individuo pasara de un estado a otro. Larissa Lomnitz-Adler (2001) hablaba, refiriéndose a la ciudad de México, de “cazadores recolectores”, en busca de oportunidades. Los estudios sobre la clase obrera inglesa en los siglos

XVIII y XIX dan cuenta de situaciones semejantes, donde no existe una separación tajante entre la casa, el taller y el vecindario, así como entre lo público y lo privado. Las posibilidades de vida popular dependían de su inserción en redes que incluían tanto a pares como a no pares.

El flujo de una ocupación a otra, de una situación a otra, respondía tanto a condiciones económicas como sociales. Un panadero o un carpintero podían cambiar de oficio o pasar temporalmente a la desocupación. Las personas se movían en el interior de espacios de relaciones e intentaban ir de un círculo a otro, dentro de situaciones inestables. Al mismo tiempo, esa inestabilidad laboral provocada por la modernización periférica podía ser percibida como una virtud, ya que era la expresión de cierta autonomía. Lo más seguro era el mundo de las casas, mas esa seguridad era, a su vez, un peso muerto, pues carecía de futuro.

La Revolución Liberal provocó movilidad. Muchos hombres del pueblo fueron incorporados a las fuerzas militares conservadoras y liberales, las mujeres se desplazaron con las tropas, alimentando a sus críos como podían. Manuel Terán, panadero, formó parte del grupo de montoneros detenidos en el penal durante las luchas alfaristas. Rafael Torres, zapatero, fue elevado al rango de teniente por el propio Alfaro, pero no por eso abandonó su oficio; en el año 1916 fue acusado de robo, pero aun cuando admitió haberlo hecho pensaba que fue algo ocasional²⁵.

Buena parte de los quiteños venía de afuera, sobre todo de las parroquias y ciudades cercanas. Las ocupaciones eran variables, así como sus lugares de residencia. Muchos tenían doble domicilio, en la ciudad y en su lugar de origen. Los que no formaban parte de la servidumbre de las casas cambiaban fácilmente de ocupación. Muchos, inclusive, pasaban de la legalidad a la ilegalidad y viceversa con relativa facilidad. Entre los detenidos por la Policía por pequeños actos delictivos, muy pocos se declaraban vagos. Mercedes Díaz, soltera, nacida en Carapungo y residente en Quito, de oficio cocinera, no tenía problemas en ocuparse como *descuidera* cuando se presentaba la ocasión. El 1 de diciembre de 1913 entró a comprar a la carnicería de Tránsito Páez, ubicada en la calle Colombia, y al ver que no se encontraba nadie en la tienda tomó para sí una suma de

25 ANH/Q, *Intendencia de Policía*, documentos sin clasificar.

dinero. Pero el dinero sustraído “también me robaron el mismo día, porque estuve bebiendo en una cantina de San Blas y me había quedado dormida y me habían sacado la plata del seno”²⁶. Andrés Simbaña, nacido en Calderón pero residente en Cumbayá y ocasionalmente en Quito, de oficio comerciante, se hizo de dos vacas que “encontró en el camino de Amaguaña” y las llevó a vender en la capital²⁷.

Las personas se movían en espacios informales y semiformales. Incluso cuando trabajaban para instituciones, su comportamiento tendía a ser informal. Esto provocaba preocupación entre las autoridades, aunque muchas veces estas mismas se veían favorecidas por ese tipo de prácticas:

He notado, por cierto, con extrañeza, que las carretas que hacen el servicio de basuras, se destinan, a veces, a traslación de trastos y otros objetos. No sé de dónde provenga este abuso, que usted y yo estamos en el deber de corregir. Hace cosa de cuatro días, que pasaron tres de esas carretas por la carrera García Moreno cargadas de muebles usados; y hoy la carreta conducida por Camilo Robalino ha estado llevando abonos a la Magdalena (AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Consejo*, tomo 3, 1908).

Esto no quiere decir que no existieran soportes: en primer lugar, el de la familia, la comunidad y el barrio, pero también el de las casas. No se trataba de una muchedumbre anónima y sin lugares de anclaje, sino de desplazamientos en distintas direcciones y a partir de varios ejes.

Vivir en la ciudad implicaba moverse en redes, algo que no siempre era posible para un campesino recién llegado. Este podía formar parte de las redes que servían en los mercados o en la estación del tren en Chimbacalle, o incorporarse como cargador en un molino. ¿Pero qué posibilidad tenían de insertarse en las redes que ocupaban un lugar más alto dentro de la estratificación social, como las de los aprendices de sastres, los obreros calificados de las empresas textiles, los dependientes de almacenes y los empleados de comercio?

26 ANH/Q, *Intendencia de Policía de Pichincha*, documentos sin clasificar.

27 ANH/Q, *Intendencia de Policía*, junio 18 de 1952.

En la vida cotidiana de la primera mitad del siglo XX se daba una tensión entre una sociabilidad popular con la que muchas veces se veían comprometidos la élite y los sectores medios, y una necesidad moderna de excluirla y, al mismo tiempo, disciplinarla. No hay que perder de vista que existía una cultura hegemónica cuyo peso se expresaba al momento de las “decisiones nacionales”, así como en la diferenciación entre lo público y lo no-público. Se trataba de sentidos incorporados relacionados con la decencia y el buen gusto, que condicionaban al conjunto de la población, pero estos se veían matizados en la vida cotidiana por otros elementos, provenientes de una cultura popular tradicional, que se desarrollaba, sobre todo (aunque no exclusivamente), en el interior de los sectores populares. Lo público, concebido como lugar de todos, era y es una ficción. No existía ni existe más que como representación relacionada con los espacios y símbolos patrios o los símbolos religiosos²⁸.

Se podría decir que se vivían procesos contrapuestos. Por un lado, existían puntos de encuentro y, por otro, de diferenciación. La propia élite había contribuido a reproducir elementos de una cultura en común, como parte de su proyecto hegemónico, sobre todo relacionado con la nación y la religión, pero, por otra parte, esa misma élite desarrollaba criterios de distinción (en el sentido de Bourdieu [1991]) basados en puntos de vista civilizatorios.

La cultura popular urbana se reproducía entre los sectores populares (aunque no exclusivamente entre ellos, ya que otros sectores compartían algunos de sus códigos). Esa cultura era el resultado de la urbanización, pero estaba, al mismo tiempo, estrechamente relacionada con un mundo originado en el campo. Lo que se dio desde finales del siglo XIX, pero sobre todo en la primera mitad del siglo XX, fue una creciente incorporación de esos sectores a consumos urbanos, que no por eso dejaban de ser consumos populares.

El sistema de fiestas integraba al campo y a la ciudad y contribuía al desarrollo de la industria de “licores nacionales”. Mercedes Zapata, asentista de los estancos de la parroquia del Quinche, se refería precisamente a la multiplicación de lugares donde se vende licores, cerveza, chichas y

28 En la sociedad contemporánea lo público está, además, marcado por la cultura del espectáculo.

otras bebidas fermentadas durante los días de fiesta, “así sucede en la parroquia [del Quinche] durante los días de fiestas de la patrona del pueblo, (...) igual que pasa aquí en la capital en los días de Inocentes”²⁹.

Otro caso interesante son las rifas y loterías clandestinas, percibidas como lugares donde se perdían los hijos de familia, los dependientes de comercio e industria, los sirvientes domésticos, y “en donde se reúnen las personas notoriamente vagas”³⁰. Aun cuando muchas veces se intentó prohibirlas, estas se siguieron organizando de manera abierta o clandestina. Hacia 1950 todavía se decía que las rifas y ruletas eran una costumbre arraigada en los quiteños³¹. Otro ejemplo, al que ya se ha hecho referencia, es el desarrollo de productos populares, como calzado barato, adornos de barro, hojalata y madera, o juguetería popular para celebrar la fiesta típicamente urbana de las Navidades.

La cultura popular en el contexto del primer centenario

El ciclo de los primeros centenarios nos proporciona algunas pistas acerca de los cambios que se produjeron con relación a la cultura popular en la modernidad temprana. Los festejos del primer centenario realizados en Quito sirvieron de pretexto para el desarrollo de un sentido secular y civilizatorio relacionado con el *ornato*. No se trataba de intervenciones en el conjunto de la ciudad, sino en lugares considerados representativos, por su relación con los *orígenes*, como la Plaza Grande o de la Independencia. En 1907 se firmó un contrato entre el Comité Diez de Agosto, integrando por un grupo de notables³² y Francisco Durini, para la construcción de un espacio ajardinado en la Plaza. Esto incluía “la formación de las calles interiores del parque, según el sistema Macadam, y de jardines igualmente interiores, conforme al plano de la casa Vilmorin Andrieux Co., de

29 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 3, 1908.

30 AB/AEP, *Código Penal de 1872*.

31 AB/AEP, *Ultimas Noticias*, 4 de diciembre de 1950, p. 15.

32 Este comité estaba compuesto por dos vocales de la Corporación y tres ciudadanos, quienes se encargaban de formar el programa de los festejos con los cuales el I. Consejo de Quito debía celebrar el centenario de la emancipación política de la ciudad (AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 1, febrero 1 de 1908).

París”³³. Esta construcción había sido aprobada ya por la legislatura de 1904, debido a que representaba “una obra que interesaba tanto al ornato público”³⁴. Igualmente se encomendó al Comité Diez de Agosto organizar el levantamiento del Monumento a los Próceres³⁵.

Los trabajos en la Plaza Grande o Plaza de la Independencia hicieron que se prohibieran “los festejos populares llamados inocentes” en ella³⁶, trasladándolos a la Plaza Sucre. No se trataba de una medida simplemente administrativa, sino de hondos significados simbólicos, ya que marcaba un cambio en los usos de la plaza principal de la ciudad. Si seguimos la lectura que hace Deleuze de Spinoza (2005), podríamos ir más lejos en el sentido de que con eso se privilegiaba el desarrollo de los afectos tristes, relacionados con los ceremoniales serios y las condecoraciones, contrarios a los afectos alegres de la fiesta popular.

En ese mismo contexto de los festejos del centenario, se plantea la reconstrucción de la Casa Municipal, no solo porque la existente no ofrecía comodidad ninguna para los servicios de la administración, sino porque no correspondía a la decencia del Concejo. Con esto, el sentido de la decencia, propio de una clase y de sus instituciones, se identificaba con el *ornato*. De acuerdo a la argumentación desarrollada en ese entonces, su ornamentación exterior no guardaba la más remota relación “con la belleza del Monumento que se ostenta en la Plaza de la Independencia”. En las reuniones del Consejo se sugiere construir un nuevo Palacio Municipal, “expropiando la casa contigua de la familia Miranda”, y se pide empezar los trabajos cuanto antes, “porque apenas faltan 20 meses para el Centenario”³⁷.

Esto estaba relacionado, además, con las acciones de la Policía. En el contexto de esos años se generó una preocupación por la presencia de buhoneras en los espacios en los que se desarrollarían las celebraciones. Se decía que estas “ocupan sin gravamen algunos sitios importantes de la población, como son los portales de las plazas”³⁸. La preocupación de los

33 AMH/Q, *El Municipio*, agosto 16 de 1907.

34 AMH/Q, *El Municipio*, octubre 17 de 1907.

35 AMH/Q, *El Municipio*, octubre 17 de 1907.

36 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Consejo*, tomo 3, diciembre 19 de 1907.

37 AMH/Q, *El Municipio*, diciembre 17 de 1907.

38 AMH/Q, *El Municipio*, agosto 16 de 1907, Quito.

ciudadanos era cultural, pero también económica. En una solicitud dirigida al Comisario Municipal, en 1908, la propietaria de un almacén ubicado en los bajos del Palacio Arzobispal se quejaba de que “unas buhonerías, sin título para ello, se han apropiado de las umbraladuras y frontispicio” de su tienda³⁹. Una ordenanza municipal de 1909, año de la celebración, prohibió a las buhonerías “ocupar con sus ventas los portales de la Plaza de la Independencia”⁴⁰. Estas disputas por los espacios no fueron las primeras ni serían las últimas. Unos años después, en el primer centenario de la Batalla de Pichincha (1922) hubo una discusión en el Consejo Municipal sobre si se debía permitir o no que las buhonerías siguieran manteniendo sus pequeños negocios en la Plaza Grande. En el debate se mostraba que ellas tampoco eran ajenas a la dinámica de los almacenes y comercios formales.

Si bien eran las élites, a través de comités cívicos, las que lideraban las celebraciones en los festejos patrios, se buscaba integrar de distintas formas a los sectores populares. Durante el festejo del 86, aniversario de la Batalla del Pichincha, “se colocaron mesitas en el portal de la Plaza Sucre y en el lado del Convento de Santo Domingo, para la venta de dulces, confites, juguetes”⁴¹, lo que dio un carácter más popular a las festividades. Incluso en sesiones del Consejo Municipal, se pide considerar a los sectores pobres de la ciudad. Algo que concitaba la atención del pueblo era, por ejemplo, la “proyección de vistas” y los fuegos artificiales. Durante el festejo del 10 de agosto, se destinó una suma de dinero para la compra de máquinas de coser para sortearlas entre las personas pobres. No faltaba, además, quien propusiera que se distribuyeran pequeñas sumas de dinero, “a razón de diez suces por familia” considerándolo una práctica benéfica⁴².

Las celebraciones y festejos servían para desarrollar no solo el sentido de la decencia y la beneficencia, como virtudes propias de una clase, sino disposiciones orientadas a avanzar en términos de mejoramiento de las costumbres. El comité de caballeros del Club Pichincha pidió permiso al

39 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 3, 1908.

40 AMH/Q, *El Municipio*, abril 28 de 1909, Quito.

41 AHM/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Concejo*, tomo 2, mayo 1 de 1908.

42 AMH/Q, *El Municipio*, agosto 26 de 1907.

Municipio y ayuda a la Policía para organizar un curso de flores del carnaval, el mismo que pasaría por la calle Guayaquil hasta el parque de la Alameda. La solicitud específica que este festejo se realizaría en dos días consecutivos.

En el primer día tomarán parte únicamente las familias a las que hubiere invitado el Comité, el cual expandirá tarjetas de permiso que presentarán los cocheros a fin de que los coches puedan tener ingreso al Corso. El día siguiente se realizará el Corso carnavalesco popular, en la misma carrera Guayaquil y en este tomara parte el público en general (...) Esto como una manera de implantar entre nosotros un espectáculo culto y decente que sustituya con ventaja a nuestros irracionales juegos carnavalesco (AMH/Q, *Oficios y solicitudes dirigidos al Presidente del Consejo*, tomo 1, 1919).

Se trata, como se ve, de generar procesos de incorporación a un mismo proyecto de avance civilizatorio, pero sin perder de vista los criterios de distinción y diferenciación social y étnica.

Final

Este artículo contribuye a mirar desde otro ángulo las formas de funcionamiento de la sociedad quiteña en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. El interés por los trajines callejeros, los oficios, y los espacios de habitación y de trabajo populares constituye una entrada a la ciudad distinta (aunque no por eso opuesta) a la planteada a partir del estudio de los dispositivos de poder y control urbano.

La ciudad en el siglo XIX dio cabida, a pesar del proyecto republicano de construcción de la nación desde arriba, a distintos órdenes y estamentos sociales. El carácter corporativo, y al mismo tiempo jerárquico, de la sociedad se expresaba en el ceremonial, con la presencia de los oficios y cofradías, las organizaciones benéficas, las autoridades civiles y eclesiásticas, así como la participación de los indios y la plebe urbana. Al mismo tiempo, muchos espacios de la vida cotidiana daban lugar al flujo y al desorden callejero. Esto iría modificándose desde la segunda mitad del siglo XIX,

pero solo tomaría fuerza hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando se profundizó el conflicto cultural en torno a la religiosidad, la fiesta y el uso popular de los espacios públicos. En el siglo XVIII e inicios del XIX se había vivido un proceso parecido, con las reformas borbónicas.

La vida popular urbana en los Andes se caracterizó, hasta avanzado el siglo XX (y en algunos lugares hasta hoy), por un fuerte sentido social. No solo se vivía de cara al público, sino que se participaba de una gran cantidad de actividades públicas. Las formas corporativas garantizaban la existencia social e individual. Se trataba de una suerte de economía moral, instituida a partir de los oficios y economías populares, las cofradías y los barrios. Con la modernidad, se fueron imponiendo criterios civilizatorios que se expresaron en el ordenamiento de los espacios, su diferenciación y domesticación, en términos de planificación pero también de limpieza étnica.

La sociedad quiteña asistió, a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, a un complejo proceso de transición de lo que se ha denominado una ciudad patrimonial, o señorial, a la modernidad temprana. Los años liberales y postliberales, incluida la década de 1930, constituyeron momentos importantes en ese tránsito.

Cuando hablo de modernización y de modernidad no me refiero tan solo al proceso de modernización terrateniente y de fortalecimiento del capital comercial, que provocó cambios en los comportamientos de las élites, en la línea de la secularización (aunque sin modificar su esencia rentista), sino también al desarrollo de un nuevo tipo de sectores subalternos urbanos, con características propias, que los diferenciaban de los habitantes del campo y la vida rural.

Es cierto que desde los días mismos de la Colonia existió una capa urbana ligada a los oficios y al mercado, pero tengo la sospecha de que solo se puede hablar del apareamiento de capas populares con hábitos de vida, intereses y características plenamente urbanas a partir de esos años. Estamos hablando de un proceso más o menos largo de urbanización de la vida popular que avanzó hasta la segunda mitad del siglo pasado y que, de alguna manera, continúa reproduciéndose contemporáneamente en el seno de la población de origen rural, que se va relacionando con la ciudad y con las formas de vida urbanas. No podemos perder de vista que

todo proceso de *desidentificación* es, al mismo tiempo, creativo y doloroso. Se trata de una diferenciación con respecto a un estilo de vida, unas estructuras de la sensibilidad y una historia en común, a la vez que de producción de nuevas formas.

Hemos podido observar algo de ese proceso de *desidentificación* constituido en el largo plazo en una etnografía reciente. Al recorrer San Roque, un barrio predominantemente indígena, formado alrededor del mercado popular más grande de Quito, nos encontramos con un rico espacio relacional, volcado a la calle. Se trata de un espacio urbano, claramente caracterizado, de flujo y circulación, entre el mundo indígena urbano y rural y el mundo popular urbano. Un lugar de fuertes intercambios materiales y simbólicos; a diferencia de lo que sucede en el resto de la ciudad, donde las relaciones se han hecho, a la vez, amplias, difusas e impersonales.

Podríamos decir que es un espacio de indígenas, de encuentros, un espacio de concentración del pueblo indígena que ha migrado (...) Un espacio en el que uno se ha sentido y se siente familiarizado a pesar de todas las cosas que se dicen de este sector, pero que a la final ha sido un espacio en donde se puede encontrar (...)⁴³.

Para los indígenas que han llegado a la ciudad, San Roque es un espacio hospitalario o que se percibe como hospitalario, aunque los ciudadanos (blanco-mestizos) lo miren, por el contrario, como un sitio sucio y peligroso. Un lugar en el que es posible una relación cara a cara, entre iguales (o que se pretenden iguales).

Será porque está el mercado allí o no se por qué, pero todo este sector está poblado (...) es como un espacio de una comunidad en donde nos vemos las caras no solo los fines de semana sino todos los días, si bajamos por allí, por San Roque siempre vamos a ver un indígena, siempre vamos a ver

43 Este texto y los que siguen son fragmentos de una entrevista a Juan Carlos N., inmigrante del Chimborazo, realizada en San Roque, en noviembre del 2008, dentro de la investigación "Migrantes indígenas en Quito", desarrollada con el auspicio de FLACSO y la Fundación Heifer.

gente que está andando por allí, gente que está haciendo negocio por allí (...) por el mismo hecho del asentamiento indígena que se ha dado allí.

Un buen porcentaje de la población de las comunidades que ha migrado a la ciudad (especialmente de las provincias de Chimborazo y Cotopaxi) se ha concentrado en San Roque, generando la sensación de estar en un espacio protegido, que al mismo tiempo favorece la inserción en la urbe. En esto, el mercado juega un papel fundamental.

(...) Generalmente vivimos casi en todo este sector en el trayecto de San Roque, la Magdalena y la Cima de la Libertad (...) A la final toda la familia se ha concentrado ahí y eso a permitido que todos los días (...) como hacen el negocio, las ventas, bajan a San Roque y ahí se concentran (...) todos los indígenas. Podríamos decir que San Roque es un espacio donde, por familias y por grupos, en diferentes lugares, se concentran por la mañana. Nosotros, por ejemplo, teníamos un sitio donde hacíamos carga, donde cogíamos la carga todas las mañanas y donde nos concentrábamos no solo la familia, sino toda la comunidad que ha migrado por acá.

No se trata, en este caso, de una población campesina (aunque ese sea su origen) sino urbana y con vocación urbana, incluso cuando mantiene vínculos con su comunidad de origen. Al mismo tiempo, no se puede hablar de mestizaje en un sentido clásico, sino de una población que, siendo indígena y reconociéndose, en la mayoría de los casos, como tal, está interesada en serlo de otro modo, constituyéndose (a su modo) como sujetos modernos.

Bibliografía

- Baktin, Mijaíl (1998). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bourdieu, Pierre (1991). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Barcelona: Taurus.
- Burbano, Dimas (1937). “Higiene industrial”. En *Anales de la Universidad Central* 302, tomo LIX, diciembre.
- De la Cadena, Marisol (2004). *Indígenas mestizos. Raza y cultura en el Cuzco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Deleuze, Gilles (2005). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- Echeverría, Bolívar (1994). “El ethos barroco”. En *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México: UNAM.
- Ginzburg, Carlo (2008). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Península.
- Goetschel, Ana María (2007). *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas. Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Guerrero, Andrés (1991). *La Semántica de la dominación: El concertaje de indios*. Quito: Ediciones Libri Mundi.
- Kingman Garcés, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros, Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Kretuer, Maria-Louise (1997). *¿Dónde queda el Ecuador? Exilio en un país desconocido desde 1938 hasta finales de los años cincuenta*. Quito: Abya Yala.
- Lomnitz-Adler, Larisa (2001). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. Ciudad de México: FLACSO-Sede México.
- Luna, Milton (1989). *Historia y conciencia popular, el artesanado en Quito*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Minchom, Martín (2007). “El pueblo de Quito. 1690-1810”. En *Demografía, dinámica sociorracial y protesta popular*. Quito: FONSAL.
- Ochoa, José (1920). *Nociones elementales de higiene*. Cuenca.
- Paz y Miño, Telmo (1961). *Apuntes para la geografía urbana de Quito*. Quito: Imprenta Municipal.

Archivos

AB/AEP	Archivo Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, Quito.
AHM/Q	Archivo Histórico Municipal, Quito.
AMH/Q	Archivo Metropolitano de Historia Quito.
ANH/Q	Archivo Nacional de Historia, Quito.
APL/Q	Archivo del Palacio Legislativo, Quito.

Entrevistas

Juan Carlos N. Realizada en San Roque, noviembre de 2008.

Nicolás Kingman Riofrío. Realizadas por Eduardo Kingman en Quito, agosto de 2007

Nicolás Pichucho, dirigente histórico del Gremio de Albañiles de Quito. Realizadas por Eduardo Kingman, enero de 1999, agosto de 2004 y enero de 2006.